

Colofón de luz

Nuria Parés

presentación:

**Vicente
Aleixandre**



ESTELAS EN LA MAR

Para Blanca
con el cariño y
la amistad de
Norie París

Romances de la voz sola fue publicado
por Gráfica Panamericana,
en la ciudad de México, en 1951

Canto llano fue editado por
Fondo de Cultura Económica,
México, D.F., en 1959

© Para esta edición,
Instituto Nacional de Bellas Artes
© Pangea Editores, S.A. de C.V.
Av. Toluca 811-21,01780 México, D.F.

ISBN 968-6177-04-3
Derechos reservados conforme a la ley
Impreso y hecho en México
Printed in Mexico

Diseño gráfico y fotografía:
L+L Almeida



COLOFÓN DE LUZ / 1ª edición digital

Maquetación y coordinación general:
BLANCA MATEOS

Esta edición ha sido creada en archivo digital (PDF)
para ser distribuida por Palabra Virtual
con la autorización de la autora y supervisión de Silvia Parés

México, julio de 2009

© Derechos reservados

Nuria Parés

Colofón de luz

1ª edición digital



México 2009
PALABRA VIRTUAL

A NURIA PARÉS

Amiga mía:

Quiero decirle cuánto me ha emocionado este libro suyo, y agradecerle su regalo y dedicatoria. La expresión transparente está transida de estremecimiento que alcanza íntegramente el corazón de su lector dejándolo traspasado y acrecido. ¡Qué fondo doloroso y más, trágico, hay en la hondura de estos poemas! El poner toda su alma es afán de todo poeta, pero trasvasarla en su verdad, comunicarla en su patética situación y materia, eso es victoria de usted, cuyo lector siente este último trato radical humano con un ser que ofrece la poesía cuando ésta es verdaderamente comunicación.

Desde su "Grito" inicial, desde su "Credo", desde ese desgarrador "Dicen..." hasta el final, los últimos acentos, toda una escala de vida real va sucediéndose, todo el despliegue anímico que late y se nos muestra, se nos impone fraternamente y nos convoca de modo indeclinable.

Quería decirle a usted algo de esto y más que no le digo. Poesía lacerada, servida, como le indicaba, en una expresión transparente que es, efectivamente, toda ella servicio de la entrañada palpitación que entrega.

Le deseo para su libro la acogida que merece; la felicito muy de verdad y le envío mi saludo. Su amigo.

Fuente Alejandra

ROMANCES DE LA VOZ SOLA

*A Carlos,
profundamente humano*

I

LA ANGUSTIA

Y no supo decirlo...
Acomódose el gesto a la palabra,
dio con el tono justo y hasta pudo
encontrar la inflexión que hacía falta.
Y no supo decirlo...
Falló el sentir y la emoción no estaba,
quedó la angustia rota del sonido
sin el misterio azul de la palabra.

EL SUEÑO

Y esto soñó: soñó que las palabras
en mágico fluir tomaban cuerpo
y crecían en número y en furia
cual soldados grotescos de un ejército.
Quiso huir, mas las palabras fueron
acorralando al hombre hasta vencerlo,
en su carne clavaron mil puñales,
rosas de luz gritaron su tormento.
Solo quedó en la ciudad cobarde,
solo quedóse, acribillado y yerto,
por cada herida y en lugar de sangre
le manaba, fluido, el pensamiento.

LA BLASFEMIA

Y maldijo su voz porque no supo
dominar con su acento a la palabra...
¡Ay! la blasfemia se quedó en el aire
cuajándose en la luz fría del alba.

LA MUERTE

Quiso matar su voz, su voz cobarde,
la viscosa blandura de su acento,
no quería morir, sólo matarla
para arrojar de sí tanto desprecio.
Hizo dos garras de sus manos grandes
y desgajóse el grito de su pecho.
La ciudad se asomó para mirarle...
Quiso matar su voz y quedó muerto.

II

Esta voz, que no es mi voz,
con la que hablo y me río,
que habrá de seguir en mí
y habrá de acabar conmigo,
esta voz, que no es mi voz,
que está robándole el sitio
a esa voz que yo me sé
cantando sonidos vivos...

Esta voz, que no es mi voz,
¿habrá de acabar conmigo
sin que la otra voz, mi voz,
pueda surgir de su olvido?

III

Pero mi voz está lejos
y no siente lo que digo.
Faltas de luz mi palabras
van anegándose en ritmo
con un jadear penoso
que sabe de su vacío
y el momento está esperando
no sé qué matices tibios
que hagan ahondar mi palabra
por senderos de infinito...
Pero mi voz está lejos
y no siente lo que digo.

IV

¿A quién diré mi cantar?
Madre, si cantar no puedo
en alta voz
¿a quién diré mi cantar?
¿A quién diré mi cantar
madre, si el cantar es quedo
porque las palabras tienen
ante su sonido miedo?...
¿A quién diré mi cantar?
¿A quién diré mi cantar,
madre, que escuche el silencio?

V

Pero has de oírlo un día
ungido de silencios
este cantar que traigo
medio ignorado dentro,
sin raíces ni herencias,
libre y conmigo preso...
¡Pobre canto insonoro
con orgullo de serlo!

VI

Pardo cantar que de mi angustia naces,
jirón de luz rasgado del silencio.
¡Molinos del recuerdo y del olvido
en donde rueda, infatigable, el tiempo!

Pardo cantar que de mi angustia naces
y en cielos de tormenta eres señor:
¿Adónde acudirán tus soledades
si has desgarrado el lienzo de los sueños?

VII

Nadie corte el ramaje de mi senda,
míos son su zarzal y su romero
y este soñar vagando en el camino
y en cada primavera floreciendo
y este saber las hojas siempre verdes
¡y la raíz al viento!

VIII

Tú como yo: ¿quién eres?
¿Dónde empiezas a ser y dónde acabas?
¿Qué ignoto manantial es el que fluye
para morir en extranjeras playas?
Tú como yo ¿somos tan sólo
paréntesis fugaz, fiel de balanza
siempre oscilando para volver siempre
al cero primitivo de la nada?

VIII

Última nada que contiene todo,
senda de vida por la que me muero,
amargo canto que se canta solo,
huida sombra que no tiene cuerpo...
Sonido crucificado, sonido
vivo, muriendo con las mil muertes
redondas y deformadas del eco...
¡Agonía de ser que has enclavado
sordo dolor en miembros que no tengo!...
Este ver que es mirar que está tratando
de aprisionar con lógica lo etéreo
y no sabe que soy canto insonoro
llama sin luz y grito sin acento...
¡Asombrada y humilde paradoja
perdida en el espacio y en el tiempo!

IX

Y no hay dios, ni creencia, ni destino,
no hay tampoco estandarte ni bandera...
¿Te lo han robado todo, peregrino,
al ponerle cadena a tu quimera?
Desnudo te han dejado, polvo fino
que no fecundará la primavera,
árbol ya sin raíz, falto del trino
de un ave que emigró y que aún espera,
y es la Nada, al final de tu camino,
el nuevo dios que forjas en tu hoguera...
Alarga el paso y sigue, peregrino,
¡Entre la tierra y Nada, eres frontera!

XI

¡Oh ese gesto español, la maravilla
de un fruto reluciente pero huero!
¡Oh ese gesto español, la pura forma
que tiene, a su pesar, el puro cero!
¡Oh el agrio devanar sin armonía
las madejas usadas del misterio!
Ese gesto español que no se cansa:
del sonido a la voz, de la voz a lo eterno
y otra vez a empezar... de la forma al concepto...
y se pasa por alto todo lo que no es serio...
¡Oh ese gesto español que se ha olvidado
un pequeño bufón en el tintero!
¡Oh ese gesto español! ¡La pura forma
que tiene, a su pesar, el puro cero!

XII

Voy subiendo la loma
con un sol soñoliento a mis espaldas.

Ligera, agigantada,
mi sombra entre los brezos
va llegando a la cima:
yo la sigo en silencio.

—Ya no hay sol.

Todo es de un gris espeso
y la tierra reseca
se pierde hasta muy lejos
en un mar de colinas calcinadas:

El campo está desierto.—

Mi pensamiento y yo vamos absortos
subiendo entre los brezos,
yo he llegado a la cima,
él se ha quedado lejos.

Me he sentado a esperarle
en los campos sin sueño:
La noche aún no ha nacido
y el día ya se ha muerto.—

Sin goce ni alegría,
sin pesar ni recuerdo,
¿Se habrá perdido todo
subiendo entre los brezos?

Las agujas se borran
en la esfera del tiempo
y el instante se cuaja,
extrañamente intenso
a fuerza de vacío.

Vibrando en el silencio
el graznar de una chova
rasga, estridente el cielo,
hundo en la tierra parda
con angustia los dedos
mientras un rumor sordo
vuelve a anidar mi pecho...

Lentamente la loma
bajamos, en silencio.

XIII

Caricia de la noche sobre
la piel despierta
¡y perfume enervante
de la tierra reseca!

He caído de bruces
sobre la sementera,
¡ansias de amor y angustia
de abrazos sin respuesta!

Crucifixión penosa
sobre la parda tierra...
¡Dolor de ser... la luna
en mis espaldas cómo pesa!

XIV

Este árbol del jardín, tan solitario,
irguiendo al cielo sus desnudas ramas
en mística actitud, desamparado
en medio de la tarde que se acaba,
tiene un pardo soñar que sólo anida
el lejano tañer de la campana.
Es su tronco rugoso y sus raíces
al enlazar las piedras de la tapia
cobran en ese abrazo doloroso
expresión de agonía atormentaría
y en esa soledad, que sólo acoge
la angustia de la hora entre sus ramas,
el alma del paisaje se adormece...
Viejo árbol del jardín: aunque mañana
Primavera gentil venga a vestirme
y cubra de verdor tus yertas ramas,
aunque tu copa anide nuevos trinos
y a tu sombra verdee hierba blanda.
Nunca serás más dulcemente bello
que eres ahora en tu in vernal plegaria.
Tal como estás, junto a la tapia erguido,
agigantando tu humildad callada
en esta hora triste del crepúsculo
en que perfilas tu silueta amarga.
me duele tu belleza en mi melancolía,
tu soledad me duele en mi añoranza.

XV

Yo no sé qué árboles son,
madre los que lleva el viento,
los que mezclan a los pinos
su fronda de un verde tierno.

Yo no sé qué árboles son,
madre, los que en el invierno
inclinan sus altas copas
ante la fuerza del viento.

Yo no sé qué árboles son,
madre, los que soñolientos,
forman encaje en las ramas
y dibujos en el suelo.

Yo no sé qué árboles son,
madre, los que lleva el viento,
los que lloran por las noches,
los que dan voz al silencio...

XVI

¡Alegría del sol en la colina!...
El tibio sol de invierno
dorando la llanura remendada
y los nevados cerros.
Alegría del sol sobre los campos
solitarios y secos,
sobre las sementeras arrugadas
y los árboles yertos.
¡Alegría del sol que se me vuelve
tierra en el pensamiento!...
Mientras camino por la herida abierta
y triste del sendero
yo también, con el campo adormecido
calladamente espero.

XVII

Yo voy forjando sueños
en la fragua encendida de la tarde.
Sobre los altos cerros
algunos pinos torpes han crecido:
quiero prender en ellos
con luz y esquilas de otra tarde suave
el mágico cendal del pensamiento.

Pastor imaginario, pastoreo
en la dulce ternura de la hora
mi tropel de recuerdos
y hacia el azul redil de la memoria
conduzco mis ensueños
mientras que la tarde sube
la ladera de los cerros
para seguir su camino, luz y esquilas,
¡cielo adentro!

XVIII

Es ésta la hora gris en que se siente
la plegaria de luz que el campo reza.
La soledad del yermo se humaniza
en su angustia sin voz, de la agria tierra
sube un perfume, humilde y doloroso
como el recuerdo de alegrías viejas
y la hora, impregnada de infinito,
llega a cuajarse, al fin, en una estrella.

XIX

Que quede grabado en mí,
que todo el momento exacto
con su plenitud perfecta
quede en mi interior vibrando...
Que nada se pierda de él,
que no tenga que encontrarlo,
labre limosna, en el sueño
con su perfil deformado.
Que todo el ser, blanda cera,
guarde su latido exacto,
pájaro vivo en la malla
de la voluntad apresado,
que toda el alma esté alerta
y mi cuerpo esté afilando
sus mil memorias pequeñas
dispuestas a recordarlo.

XX

Y quizás, en el fondo, estemos muertos,
muertos de muerte azul, toda sonrisa,
muertos de muerte sin sabor, por dentro.
Y tú también, y tú que no lo crees,
y tu que en tu sonrisa te has deshecho,
y tú que sólo ves hacia el mañana,
y tú que sólo vives del recuerdo.
Y aquél que piensa lo que todos piensan,
y aquél que guarda el luto de un acierto,
y el que suspira por aunar sus ansias,
y el que cree soñar y está despierto.
y todos los que ríen porque deben,
Y todos los que cantan cantos hechos,
y aquellos que caminan sin estrellas
y los que están vacíos sin saberlo.
Y yo que miro en mí y aún no he acertado
a componer la imagen del espejo,
y yo, farsante de mil círculos soñados
con un saldo final de tristes ceros...
Mi corazón y el tuyo están forjando
la imagen gris de un Gran Sepulturero.

XXI

Silencio: la bruma es gris y la tarde está callada,
toda la ciudad sin rostro se asoma por las ventanas
para mirarla caerse, perfecta como naranja...
Silencio: la bruma es gris y gris y bruma está el alma.
La tarde se muere gris, se muere ceniza y plata,
se muere en las altas nubes, se muere en las negras casas,
la tarde se muere gris, la tarde se va callada,
se va sin querer llevarme, se va de ceniza y plata.
Silencio: la bruma es gris y gris y bruma está el alma.
La tarde se está poniendo como naranja estrujada,
un sabor acidulado me corre por la garganta.
La tarde se está cayendo. Yo pienso: si la arrancara
se iría rueda que rueda, rodando a la mar amarga
por entre los parques tristes, por entre las negras casas,
rodando, rueda que rueda, su angustia de solitaria.
¡Ay! que la tarde se cae ya sin remedio... ¡Aguantadla
vosotros de manos fuertes y voces con resonancia!
¡Asirme esta tarde triste que cuelga ante la ventana
no vaya a caer y os deje por dentro como una llaga!...
¡Ay! ¡que la tarde se cae y yo no puedo aguantarla!

XXII

Recio, de cobre,
el horizonte hostil
va comulgando
sus odios con el mar
y el mar hace un milagro
de mansedumbre inmóvil
con solidez de plomo
y angustia de cristal.
Sobre la sucia arena
el rumor ha cesado
hay un compás de espera
que retiene a la par
una agonía espesa
del horizonte pálido
y una: blasfemia rota
que no puede brotar.

XXIII

¡Figuras diminutas en el muelle!
Blancas camisas sobre piel morena,
nostálgicos veleros de otros tiempos...
¡Tarde del trópico difuminada y quieta!...
Una carreta rechinando pasa
y un perro, sucio y flaco, que se empeña
en romper la armonía de la tarde
ladrando detrás de ella.

XXIV

Un muelle solitario
en una noche negra.
Cae una lluvia tibia
sobre la paja seca
y un fanal en un barco
finge una glauca estrella.
Entre las cajas con olor a campo
otro yo, que es mi sombra, curioseosa.

XXV

¡Volar de gaviotas
en el plumizo cielo!
Cruza por la memoria
desfile de recuerdos,
velas blancas, perdidas
en la ancha mar del tiempo.
Lágrimas no lloradas
que van cantando dentro
la azul melancolía
de los pesares viejos...

Porque hoy la lluvia llama a mi ventana
y el gris del mar se funde con el cielo
bienvenidos seáis: pasad con ella,
os haré junto a mí sitio ante el fuego
y escucharé el rumor de vuestras voces
charlando con el tiempo.

XXVI

Hoy te busco al partir y tú no vienes:
¿te habrás cansado ya, eterna viajera?
Prendida en el palmar, junto a la playa,
¿quizás se habrá dormido mi quimera?
Ya el zurrón está listo del viaje:
¡Despierta compañera!
Por los caminos sin hollar del sueño,
de mar en mar, otra ilusión espera.

CANTO LLANO

*Puedes sondar la noche que nos cerca,
puedes ahondar en ella. ¡Todo en vano!
Adán y Eva: ¡cuán amargo debió ser vuestro primer beso
para engendramos tan desesperados...*

OMAR KHAYYÁM

I

EL GRITO

Nadie eligió su herencia.
Ni tú ni yo. Nosotros no elegimos.
Fue un desigual reparto. Fue un trallazo,
un tajo doloroso y dolorido,
un cuchillo de sombras, una herida
derramada en hondura y sin alivio...
Y aquí estoy, aquí estamos
con nuestra herencia en alto, sorprendidos
con este filo ronco en la garganta,
con este agudo y fiero y roto filo,
con esta manda bronca a flor de labios,
con esta vieja herencia y este grito.
Lo llevo en las entrañas, aguzado,
lo llevo en la conciencia ¡tan preciso!
Me cerca y acorrala día y noche
su rueda de navajas y cuchillos.
Mío es el viejo acento de la tierra,
míos la oscura ley y el desvarío,
míos el hosco resonar del monte,
el pulso de la tierra enfebrecido,
la vaharada ardiente de la sangre,
el toro de la noche y su bramido.
A esta sombría herencia no renuncio,
a esta herencia sombría me resigno:
con mi garganta rota lo proclamo,
con mis manos vacías hoy lo escribo,
con mi emoción despierta lo subrayo,
con mi porción de tiempo fecho y firmo.

TRÍPTICO DE LA LUZ

I

¡Levántate, da voces en la noche,
rasga la oscuridad, sé tú el principio,
el claro despertar de un claro día!
Vengo herido de sombras.
Traigo un río de sombras derramado,
de oscuridad y sombras vengo herido.
Me han cercado los toros de la noche,
fuertes toros brillantes y sombríos
me han cercado de angustia:
de los toros de sombra voy huido.
Y no soy lo que fui. Mira mis ojos:
son aguas de un espejo manso y frío
que nunca servirán para tu sed.
¡Levántate, da voces, llama a gritos
al día que se tarda!
Los toros de la noche me han herido...

II

Madre: abre los postigos,
quita llaves y cerrojos,
deja mi casa asomada
al mundo, abierta a lo luminoso.
Vengo de la sombra, madre.
Soy un tránsito sonoro
que asciende hacia, lo mas alto,
que viene de lo mas hondo.
Deja que la luz me forme
que soy un cuerpo sin rostro,
un alarido de sombras,
un jabeque doloroso.
Vengo de la sombra. Soy
un jirón de sombra sólo.
¡Deia que la luz me hingue
dos puñales en los ojos!
¡Déiame beber el aire
despacio, como un gran sorbo!
¡Abierta mi casa toda!
¡Abierto mi cuerpo todo!
¡Que esta luz se me derrame
entera, hasta lo más hondo!

III

¿Quién ha enrejado con hierros
los claros de las ventanas?
Me están peinando el sentir
sus altas cruces trabadas.
Arándome están la carne
labrándome en las espaldas
largos surcos, surcos hondos,
zanjas abiertas y anchas,
hincándome sementeras
que ya mi carne desgajan.
No se si es la reja arado
o si es la luz agujada,
ni sé qué arcángel de fuego
estos hondos surcos traza
ni qué simiente irá a dar
en su sangrienta besana.

SED

Pido la paz y la palabra
Blas de Otero

¿Pedir? ¿Y a quién? ¿Y qué pedimos?
Sé que hubo un tiempo para pedir y para llorar,
el tiempo de la sal y de las lágrimas,
y hubo quien pidió pan
y quien pidió la paz y la palabra.
Y ahora yo pregunto
desde el oscuro borde de las ansias:
¿pedir? ¿Y qué pedimos?
¿Y a quién dirigiremos la plegaria?
Alguien cerró la espita,
la avara y torpe espita milenaria,
y cercenó las manos extendidas
y mutiló la paz y la palabra.
Están las fuentes secas,
se ha agotado el venero de las dádivas
con la última sal
o el último goteo de las lágrimas...
Manos zafias cegaron hontanares
y agostaron con fuego las gargantas:
"¡Sed a los hombres de buena voluntad!"
mandaron y el destino del hombre se hizo brasa,
candente mar por donde van los sueños
dando bandazos como viejas barcas.
Si es tiempo de sequía, tiempo acedo,
si a nuestro alrededor no queda nada,
si se acabó la sal
y se ha acabado el llanto, la paz y la palabra.
¿Qué podemos pedir? ¿Y a quién pedimos?
¡Sólo queda la sed!... ¡La sed sin agua!

LA SEMILLA

Y sin embargo...

algo debe quedar, alguna rinconera
debe haber sin limpiar todavía,
algún vasar, alguna estantería,
algún bote olvidado en la despensa,
algún grano de sal o una migaja
destinada a los pájaros, sobre cualquier alféizar...

Algo debe quedar en algún lado.

Por encima o debajo de la tierra
algo debe esperar calladamente,
hinchándose de rabia o de tristeza
agazapado bajo un banco público,
escondido en el quicio de una puerta,
en los blandos repliegues de un cerebro
o en las entrañas hondas de la tierra.

Algo debe quedar... una semilla,
una sola palabra verdadera,
una gota de sangre o una gota de llanto...
algo que no se pide y que se espera.

CREDO

Creo en el hombre,
el creador del mito y de los sueños.
Creo en el hombre aquí y aquí plantado,
jineteando su porción de tiempo,
encerrado en su círculo de angustia,
clavado en el madero del deseo.
Creo en el hombre sin antes ni después,
en el ahora, sin limbos, sin la gloria y sin infierno
y porque sé la luz y sé la sombra
creo en el hombre: el absoluto dueño
del olvido (esa pequeña muerte agazapada
que desde siempre nos acecha dentro)
como creo en el hombre: pobre esclavo
que sufre el ramalazo del recuerdo.
Creo en el hombre aquí y aquí plantado,
encerrado en los límites del tiempo,
encajonado en los muros de su mundo
enclavado en la entraña de su suelo,
aprisionado en cárceles y en minas,
circunscrito a su propio pensamiento...
Creo en la maravilla geométrica
del círculo concéntrico
y porque dos y dos siempre son uno
creo en la magia del número bicéfalo.
Creo también en desandar lo andado,
en el que sale afuera desde dentro
y creo en el que tiene la osadía
de ascender por círculos concéntricos:
creo en el hombre del zurrón y el báculo,
en la huida valiente y en el éxodo.
Ahora y en la hora de las confrontaciones:
creo.

DICEN...

Anda por todas partes. Lo he leído
y lo sigo leyendo todavía.
Anda por todos lados,
anda en todos los ojos que lo miran
brillar en la blancura de las páginas
con su cándida luz inofensiva.
Que soy, que somos (nos lo dicen)
"la España peregrina" ...
¡Ay, qué bonito nombre! ¡Qué nombre tan bonito
para ir por el mundo a la deriva
como un barco de velas desplegadas,
como una extraña carabela antigua!
¡Qué barco tan bonito si tuviera
un pequeño espolón para la ira!
¡Ay, qué bonito nombre!, tan delicadamente
colocado encima
de nuestros hombros Como un traje
sutil, hecho sin prisas...
¡Qué lástima que un traje tan bien hecho
no nos venga a medida,
que, demasiado grande o un poco chico,
nos incomode el llanto y la sonrisa!
Que no pueda ponérmelo ni en los días
de fiesta. Que me lo hayan cortado
de una tela maldita
que ni me da calor ni quita el frío,
que haya de estar guardado en la repisa
de todo lo inservible,
de lo que, sin embargo, no se tira
no fuera a ser que acaso, alguna vez
alguien, algún amigo... algún día...
¡Ay qué bonito nombre, qué nombre
tan bonito "la España peregrina"!...
Lo digo, lo repito como si fuera de otros
y su rumor me crece romerías,
caminos de Santiago,
veredas de regreso anchas y limpias.
Porque ser peregrino es salir y volver,
acudir a una cita
que el alma te señala en algún lado,
hincarte en algún templo de rodillas
y, sosegadamente, regresar...
Yo no tengo caminos de Santiago, ni cita

a que acudir, ni templo donde orar
(aunque traiga hoy el alma de rodillas)
y los hondos caminos del regreso
me los ciegan los años, día a día.
Y quiero que me pongan otro nombre,
que me den otro barco, otra levita
para ir por el mundo o que me cumplan
esa cándida luz inofensiva,
ese nombre cruel que no he buscado,
esa angustiada eterna romería.

LA PODA

*España que alborea
con un hacha en la mano vengadora...*
Antonio Machado

¡Qué fe retoñaría si nosotros
pudiéramos ponernos una fecha
como una flor de luz entre los labios!
¡Marcarnos en el tiempo con la fuerza
con que el ritmo del hombre se recorta
sobre las estaciones de la tierra!...
Porque hay un ritmo viejo para todo,
un tiempo señalado en la faena:
el tiempo de sembrar o cosechar
y el hombre de la siembra o la cosecha.
y hay también otro ritmo,
otra tarea necesaria y vieja:
el tiempo de segar o de podar
y el hombre de la poda o de la siega.
Hoy sé que si nosotros
pudiéramos ponernos una fecha
como una flor de luz entre los labios
en los días de fiesta,
yo os guardaría el tiempo de la poda:
el que presiente el retoñar y espera.
Yo os guardaría el hombre de la poda:
¡el que sabe del hacha y no se arredra!

EL BANQUETE

Fuimos los comensales
que no invitaron a la fiesta.
Llegamos a destiempo, anticipados;
encontramos la mesa ya dispuesta
con un albo mantel. Nos confundimos,
pensamos vagamente en un altar de iglesia
y nos sentamos a esperar no sé qué extraño
pan espiritual. Puntuales de etiqueta,
fueron llegando los otros convidados;
nos miraban con la mirada inquieta
del que recela lo que no conoce.
Luego fueron pasando 'las bandejas
y todos se sirvieron:
Nos quedó la vergüenza
de habernos confundido,
de habernos invitado a aquella cena
que no sació nuestra hambre,
sin conocer a nadie, sin la decencia
de haber llegado a tiempo,
sin presentar excusas tan siquiera.

EL CENCERRO

Dios no volverá al templo
hasta que no se bajen las campanas
y cuelguen en las torres los cencerros.
¿Y qué es una campana?
¿La gran copa del viento,
el altavoz de Dios o los nudillos
que golpean la puerta de los cielos?
¿De qué es una campana?
¿Por qué ha de ser de bronce y no de hierro?
Una campana lo mismo es una esquila
que un cascabel, un crótalo o un cencerro,
¡la boca en que verter nuestra congoja
o el humilde columpio de los sueños!
Una campana, amigos, es sólo
una herramienta, su son el pataleo
que levanta el hastío del hombre,
harto del espectáculo, o el eco
de las palmas y la voz
cuando se queda afónico en el rezo.
De todas las maneras la campana
no es más que un simple objeto,
una herramienta, un útil de trabajo
¡y una buena herramienta tiene que ser de hierro!
¡Que bajen las campanas de las torres
y cuelguen en lo alto los cencerros!
Que Dios, el Dios amigo,
el que todos buscamos y nunca conocemos,
se ha declarado en huelga,
ha protestado como un cansado obrero,
ha encogido los hombros y se ha ido,
se ha marchado del templo
y debe andar ahora por los campos,
con los pobres de espíritu, por entre los cabreros,
con los hombres del crótalo y la esquila,
del cascabel alegre y del cencerro.

LOS VERDUGOS

*A León Felipe,
poeta de la desesperanza.*

¡Tener una misión, una respuesta
para los acertijos de este juego
en que el hombre es la prenda!
Una respuesta como un clavo de luz en el cerebro,
una tea encendida que ilumine
este siniestro callejón del miedo
por el que caminamos desde el parto
con los ojos abiertos...
¿Tú, como yo, quién eres?
¿Quién ha dejado el grito sin acento?
Tú lo dices: "fantasma de fantasmas,
ciervo herido, girándula en el viento",
pobre pequeña cosa desvalida
tanteando las sombras como un ciego.
Pero ¿y si fuera más, León amigo?
¿Si el hombre fuera más y menos que eso?
¿Si la burla sangrienta no acabara
el eterno apostar sin hacer juego?
¿Si el hijo de la Luz y las Tinieblas
fuera la voz y el eco,
el cántaro y el vino generoso,
la jauría y el ciervo?
¿Y si el pecado original del hombre
fuera medir el tiempo?
Medir, contar, sumar sus días
como cuenta su oro el usurero;
medir, contar, sumar cada latido,
el vacilante caminar de ciego,
hasta alcanzar la cifra pavorosa:
la eternidad redonda del Gran Cero...
¿Y si el fruto prohibido
no fuera la manzana sino el cero,
el ombligo de Dios, el solo embudo
donde verter la cuenta de lo eterno?
Yo siento como tú, León amigo,
que hay que contar de otra manera el cuento
y licenciar definitivamente
la arcilla original y el Alfarero.
Que hay que cerrar los puños
que nuestro tantear nos deja abiertos

¡y las manos vacías nos gotean
las cosas diminutas y los sueños!...
Colgar la gran incógnita
como un sucio gabán en el perchero:
el "qué" y el "para qué", tic-tac sonoro
que nuestro mecanismo lleva dentro,
han de seguir sonando mientras dure
este reloj humano, esta bomba de tiempo
juguete de algún loco genial,
invento oscuro de un gran esquizofrénico.
Como un reloj exacto y monstruoso,
con el mirar por esfera, con el corazón por péndulo,
con la agria filosofía de la abuela repitiendo:
—"un día más, mi niño, un día menos..."—
¿será nuestra misión la de un verdugo
con un nudo de ausencia para el tiempo?

SOLAMENTE

Y tener que morir... ¡morir y solos!
Caer con la grotesca pirueta
del payaso, en el mutis final
por un oscuro corredor sin puertas...
Saberse, conocerse, disgregarse
en un absurdo devenir ausencia
llevando con nosotros, sin decirlo,
el último pensar, como una rémora.
¡Y una vez desvelados los misterios
y sabedor de todas las respuestas
ser, solamente, imagen desvaída
en el frágil cristal de otra conciencia!

LA MORDAZA

No me habléis de humildad, que nunca sienta
llegar a mis oídos tal palabra,
trapo untado de brea
con que intentáis amordazar la muerte,
que ella está con nosotros y la idea
de sencilla humildad no es suficiente.
¡Gritad vuestra soberbia!
¡A ver si en el desprecio a su desprecio
nos igualamos a ella!
No me habléis de humildad que no hay orgullo
que bastara a llenar una existencia
¡mil universos y mil soles juntos
dejarán de vivir cuando yo muera!
No me habléis de humildad, que no la siento,
no hagáis que se me doble esta cabeza
que se yergue en el miedo.
En el compás exacto de esta tregua
entre dos oquedades, desde el nivel del hombre
¡gritad vuestra soberbia!

Aquí

Desde el nivel del hombre, el tuyo, el mío,
desde esa frágil base en que se asienta
nuestro ser ulterior, desde el raigón profundo
de la duda enclavada en la conciencia,
miro escurrirse el tiempo, agua turbia
en mis manos abiertas.

Tras la frente cansada se adormece
el sordo ritmo de la angustia vieja
y el bataneo terco de mis sienes,
afirmación de vida, sólo cuenta.

Entrega

Apartaos de mí, que me he arrancado
esa mitad de sombra a manos llenas
para arrojarla al sol con la alegría
con que se iza al viento una bandera.

Apartaos de mí, porque he lanzado
los caballos del sueño a la carrera
un galopar de potros se desboca
como un golpe de sangre por mis venas.

Apartaos de mí, que estoy ardiendo
con la llama agitada de una tea.
Todos mis dioses se han venido abajo:
sólo el momento y yo como una ofrenda.

JUEGOS

Es una tarde perezosa y tibia:
por los balcones abiertos
se entran, suaves, la brisa y la nostalgia.
Llegan hasta mí los juegos
de los niños en la calle...
Risas y gritos, compases de silencios
contenidos, algarabías rotas,
presencias infantiles y recuerdos
de días ya lejanos, de otros días
perdidos para siempre y otros juegos...
¡Cómo esta tarde luminosa y niña
trae de la mano al tiempo!
El tiempo de la infancia, cuando eras
todavía un gigante pequeño,
un ser maravilloso que cambiaba
su apasionada índole al momento...
Cuando jugábamos a "moros y cristianos",
"justicias y ladrones", bandoleros
sin ley... y te crecía un sacrosanto fuego
de héroe de epopeya o, escondido
y reteniendo apenas el aliento
sentías desbordar el corazón '
y te invadía el alocado miedo
del culpable. Cuando en las tardes
tibias, como ésta, jugábamos ¡tan serios!
a los "cartagineses y romanos" .
en que siempre perdían los primeros
y era casi tan bueno perder como ganar...
Y luego, ya más tarde, en el colegio,
los equipos formados, los colores:
"rojos", "azules", "blancos" y "bermejos"
que teñían el alma de amapola,
de azul como la tinta del tintero
o de inocente candidez de sábana
(nadie quería ser "blanco" en el colegio...)
¡Y la amarga zozobra del silbato
que acababa el recreo
indicando un hastío interminable!...
Sentirse niño aún, sentirse lleno
el viejo conocer; saberse ángel de luz
y ángel de las tinieblas, "malo" y "bueno",
cruel perseguidor y perseguido,
transgresor de la ley y justiciero

y no poder decir ya como entonces,
con tanto aplomo y frunciendo el ceño
"¡No!... que ayer fui... y ahora me toca..."
¡Ay! no poder cambiar jamás el género '
ni decir tan siquiera como entonces
decía, cuando el primer lucero
rasgaba la calina de la tarde
y parecía hundirse el universo
y toda la injusticia te afloraba a los ojos:
"¡Ya no quiero jugar... que no me gusta el juego!"

AL FILO

Decís: -Hombro con hombro
hacia las cimas altas!
¡Despierta! ¡eh!. ¡Despierta
compañera de la emoción callada!
Yo alcanzo las estrellas si se miran
en los charcos del agua...
¡Oh, no!... no os serviría
para escalar montañas.
¡Dejadme aquí, en el filo,
en el umbral del sueño, camaradas!
Tengo una gran pereza,
una blanda pereza milenaria
el cansancio del mundo,
la fatiga del mundo en las espaldas.
Soy como San Cristóbal con el niño
y la bola terráquea,
con un río a mis pies, un ancho río
¡el enorme caudal de mi inconstancia!
y un cuento que contar,
un cuento que divierta la jornada
a este pequeño niño de la bola
que desde siempre llevo en las espaldas...
¡Oh, no!... no os serviría
para alcanzar las águilas...
¡Dejadme aquí, en el borde,
en la orilla del sueño, camaradas!

CANTO A LOS MÍOS

Vivimos de prestado: no vivimos.
Fuimos menos que el sueño
de una generación, la frontera
de todos los anhelos.
Sé que no hemos vivido.
Un hada mala a nuestro nacimiento
presentó y nos lanzó la baba
de su poder maléfico:
"Habréis de hacer camino,
hacer camino lejos
recorrer las rutas que otros fijan
y recoger el grito de otro acento..."
Sé que hemos asistido
con los ojos abiertos
al vivir de los otros,
que hemos estado atentos
a la muerte del héroe
a la del mártir y a la del obseso.
Sé que hemos enjuiciado
y medido y pesado el oro ajeno
y no nos queda nada entre las manos
a que llamarle "nuestro".
Sé que la juventud paso de largo
o que nacimos viejos,
con la sangre entibiada,
cansados del esfuerzo
que otros realizaron.
Ellos fueron la voz
y nosotros el eco,
ellos fueron la llama
nosotros humo denso
ellos fueron la imagen de la vida
nosotros el espejo...
Hoy, en la edad de Cristo,
quiero coger mi verso
como un canto rodado,
firme y duro en el cuenco
de mi mano y estrellarlo
contra ese turbio espejo
a ver si ya hecho añicos,
despedazado y roto, ya indefenso,
siento latir el pulso de los míos,
el pulso tuyo y mío, el pulso nuestro.

APUNTES PARA EL RETRATO DE TRES GUERRILLEROS

*

Fue un ser hecho de dientes.
Vivió como una larga y fiera dentellada.
Desde que vino al mundo, en la nacencia
hizo brillar su dentadura blanca.

Mordió el pecho y el dedo,
mordió almohadas y sábanas
y en la cuna labraron taraceas
sus diminutas gubias alocadas.

Creció, dientes al aire,
como una aguda mordedura ancha.
Se hizo hombre y en una mordedura
gustó el amor y desangró a la amada.

Murió como viviera
enseñando los dientes a la brava
... y se clavó en la tierra
con una larga y fiera dentellada.

**

Tenía un dardo en el pecho
y no lo advertía nadie...

Por sus ojos, por su voz
le iba manando la sangre
desde una herida escondida
hasta perderse en el aire.

Y sus ojos zahondaban
inadvertidos paisajes
y rastreaban la presa
como lebreles exangües.

Y su voz se adelgazaba
y se tornaba tan frágil
como el rumor del arroyo,
como el perfil de la tarde,

como el olor de la sierra,
como el latir de la sangre.
Tenía un dardo en el pecho
y no lo advertía nadie...

Era una mano abierta,
era una mano blanca
generosa y tendida,
era una mano dulce y afilada.

Era una mano noble,
era una mano pálida
como la rosa fría
que se abre con el alba.

Era una mano hecha
para aliviar desgracias,
para alzarse en el rezo,
para enjugar las lágrimas.

Era una mano suave,
tierna y samaritana
que acariciaba, dulce,
¡tan dulce! la culata...

...pintar a estos tres hombres
con fondo de montañas...

ROMANCES DE LA MUERTE VIVA

*A la memoria de Miguel Hernández
el poeta muerto en la cárcel.*

Estaba inmóvil, tan quieto
que un sordo rumor de pájaros
se le adivinaba dentro.
Su carne se desgajaba
quebrando el cristal del sueño
en sus ojos asombrados
y ya rota, sobre el suelo
se le iba tornando en vida
su muerte, de sí fluyendo.
¡Cómo se huía su carne!
¡Cómo se quebraba el miedo!
¡Qué tránsitos se sentían
vidriar sus ojos abiertos!...
Todo el peso de su hombría
en hombros de carceleros
todo el vibrar de su canto
en las espaldas del viento.
Ya cantan los silencios de la tarde
anudando lianas a su cuerpo...
¡No le llaméis! ¡Dejadle
que viva de su muerte sobre el suelo!

PALABRAS...

A veces, cuando leo
esas viejas palabras de la tierra
que jamás pronunciamos, siento
crecer hacia lo hondo mis raíces
ya acostumbradas a horadar el viento.
Suenan en mis oídos, me acompañan,
dialogan entre ellas como el lento
y despacioso doblar de las campanas
de la iglesia mayor y el tintineo
humilde de una esquila.

Yo iría por la calle como el tonto del pueblo
hilvanando palabras sin sentido:
"bancales y serones... pan cenceño,
enebro, flor de jara, cardelina..."
Palabras de la tierra, campaneó
del alma, regusto amargo y dulce,
hondo sentir que le pregunta al tiempo
si este doblar de las palabras viejas
no es ya un doblar a muerto.

Así

Cuando quiero recordarte,
cuando te pienso, tierra,
no se ya dónde asirme.
Te me vas por la idea
que me forjo de ti;
te pierdes y te dejas
recobrar un instante
en el muro de piedra
que dora un sol tardío
en un aire cortante o en la queja
lejana de algún tren.
Y el corazón me dice: "así era,
así, así era el sol,
el sonido del tren y el viento de la sierra..."
¡Qué brinco de luz
me brotas cuando te dejas
asir por unos instantes!
¡Qué sombras me cuajas tierra,
cuando quiero recordarte,
recobrarte por la idea! ...

CANCIÓN DE LA PATRIA PEQUEÑA

¡Cómo te tengo toda
ahora que no te tengo!
Entera cabes en mí,
clavada en el sentimiento
como un rejón de gala,
tan menuda que te llevo
acurrucada en los ojos,
plegada entre los surcos de mi ceño,
pequeña y luminosa,
imprecisa y precisa como un sueño.
¡Qué bien me mide el aliento
esta patria chiquita del destierro!
¿Quién dijo que te he perdido?
Si es ahora cuando tengo
el cuerpo lleno de ti, tierra
que no has de cubrir mi cuerpo.
¿No veis? Yo soy su madre y ella,
tan diminuta, aún aguarda ese tiempo
en que habrá de nacer para los otros.
Ahora es mía sólo. Yo la siento
rumorosa de ríos y de pájaros
bullir en mis entrañas con el eco
de mi propio latir
¡tierra de los sentidos y el recuerdo!...
Decid a los que dicen que la han visto
que yo no quiero verlos,
que yo no quiero oídos, que es mentira
lo que hablan porque ¿qué saben ellos?
¡Cómo pueden saber cómo es mi tierra
si yo la llevo dentro!

LOS CIERVOS

Los recuerdos son ciervos
de un bosque sin veredas,
esquivos tejedores
de las marañas densas,
verdugos inocentes
de la emoción despierta.
Y no sé dónde habitan,
emergen de la niebla
y el sonido más leve
los dispersa.
Se pierden en el bosque
de las ideas muertas,
árboles calcinados
y jirones de niebla,
pájaros disecados
sobre las ramas yertas
y plumas de colores
que fingen hojas secas...
¡El bosque silencioso
donde los ciervos quedan!

EL RECUERDO

Sobre el cristal del sueño
saltó el venado,
llevaba el andar ligero
con el perfil del aire entrelazado.

Sobre el cristal del sueño
sólo un instante,
su gracia sensitiva
y su mirar profundo y anhelante.

ELEGÍA CON CUATRO REDOBLES AL AMIGO QUE NO HA MUERTO

Yo guardaría tu recuerdo exacto
con la tenaz memoria de los sueños,
quitando, modelando, trabajándolo
hasta hacerla perfecto;
mezclando lo vivido y lo soñado,
confundiendo lo falso y verdadero
hasta lograr con el perfil del aire
la angustia de las tardes que no fueron.

Yo guardaría tu recuerdo exacto,
la imagen apresada en el espejo
con una nueva transparencia pura
tamizada en ausencia por el tiempo.
Sobre la pobre vida de los días,
sobre las voces rotas y sin eco,
¡cómo se iría tu recuerdo vivo
tiñéndose de luz y de silencio!

Primer redoble

¡Qué libertad lograrías
por mi mano, estando preso
en el cristal azogado
de la memoria en el tiempo!

Como cometa en el aire,
loca de sol y de viento,
¡qué altura te iría dando
el hilo del pensamiento!

¡Qué libertad lograrías
fiel a ti mismo, ya idéntico
a ti, por no estar en ti,
fijo y vivo en mi recuerdo!

Segundo redoble

Pero tú no estás en ti,
te has ido quedando hueco,
vacío de ti, sin ti
y toda yo te contengo

y todo tú por mis pulsos
martilleando, latiendo
con la conciencia asustada
de tu memoria sin cuerpo.

Tercer redoble

¡Qué importa que vida y muerte
te estén amasando el sueño!
Si vives, vives en mí,
si te mueres no estás muerto...
¡Qué círculos luminosos
se me van cuajando dentro!
¡Qué amplia ternura redonda
de esta vida que te presto!

Cuarto redoble

Nadie podrá encontrarte
más allá de mí misma. En esa niebla
vaga que es tu mundo
nadie podrá saber que sólo encuentra,
al encontrarte a ti,
como un hueco de ausencia
de tu ser verdadero y que tu yo real,
como otro pulso mío que latiera
hay que buscarlo en mí,
en este cuerpo que camina a ciegas,
en estas manos torpes y vacías,
tras esta sola frente que te piensa.



||

DUERMEVELA

¡Qué alba plumiza resbala
obre estas cuatro paredes!
En el cristal la lluvia
y la sangre en mis sienes
en sucesión de arpegios
se encuentran y se pierden.
¡Qué luz tan fría ahondando
sobre estas cuatro paredes
círculos anchos de ausencia
viscosos como serpientes!...
¡Qué amanecida de angustia
sobre estas cuatro paredes!

Déjame cerrar los ojos,
deja que me venza el sueño,
déjame quedar conmigo
a solas, por ver si puedo
dejar tu recuerdo afuera
con las hojas, en el viento.
¡Qué me lo trae la mañana,
que el aire lo está trayendo
por encima de los árboles,
sobre el lomo de los cerros,
con el huir de la noche,
entre los pliegues del sueño!

Me está tejiendo caminos
la sangre por mis entrañas,
umbríos caminos solos,
veredas estrechas de ansia,
altos senderos de angustia
por mis venas se derraman.
Ya en la punta de los dedos
toda mis sangre agolpada
te está tejiendo caminos
por las rendijas del alba.

Estaba de nieblas hecho.
Se iba acercando, acercando
desde un confín borroso. Lo sentía
salirse de las voces, venir a mí, lejano
y próximo a la vez... Iba a tocar,
a tocarlo, a tocarlo con la mano..

cuando me hundí en el sueño
con ansiedad de náufrago.

Se me perdió la noche por los ojos,
se me encontró como una herida mala
ahondando en mi cuerpo sus túneles de espanto,
sus hondos corredores donde el alma
medrosa se perdía
buscando una salida sin hallarla.
Todo lo devastó. Como un enloquecido jardinero
fue tronchando al pasar todas las ramas
enraizando angustias y temore
podándome alegrías y esperanzas.
No supe, con el día,
si era la luz o yo quien retoñaba.

Conmigo vas, amor, siempre te llevo
como el cauce del río lleva el agua.
Presente estás en mí. En mi te siento
ascender las escalas de lo lúcido,
entreabrir las rendijas de mi sueño
errando tras de ti todas las puertas
con tu ritmo profundo, deshaciendo
los amasijos blandos de lo abstracto
y el apretado nudo del deseo.

Cal

Tu imagen es un muro
enjalbegado y terso,
toda la resolana
lo baña por entero.
En él nunca la tarde
se dorará un momento,
nunca la luna blanca
quemará su misterio.
Un muro enjalbegado
sin jardín y sin huerto;
un muro blanco, erguido,
sin coto y sin objeto,
un muro asoleado
como una valla al viento.
Tu imagen como un muro
enjalbegado y terso...
al volver a mi sombra
los ojos traigo ciegos.

COMO LA FRUTA

Amor, si yo pudiera clavar en ti los dientes
como en la fruta tersa y perfumada...,
buscarte, desvelarte, conocerte
con esta rabia oscura, a dentelladas,
¡cómo te encontraría! Más allá de tu piel
y de tu carne, más hincada
en tu sueño, royendo ya
el crisol de tus palabras,
¡qué soledad tan sola quebraría
al alcanzar la almendra de tu alma!

TU MANOS

Tus manos, abanicos
que tu sentir derraman,
han quedado en tu sueño"
inmóviles, exhaustas.
Un soplo las agita
si te llamo en voz baja
y a su quietud se vuelven
como aves fatigadas.
Yo al filo de tu sueño
mirándote, mirándolas,
temiendo que se quiebre,
cuidándolo, cuidándolas.

PERFECCIÓN

Si nada es inmutable,
si todo es sólo tránsito,
si la espiga presiente
su molino y el pájaro
se añora sin la jaula
y el jardín se eterniza en herbolario.
¡Qué perfección intacta
de este sentir callado
cobijado en su sombra,
sin objeto y sin cambio,
bronco fruto sombrío
de un huerto imaginario
con la conciencia entera
de su regusto amargo!

TARDE

Tiene hoy la tarde toda la ternura
luminosa de las tardes perfectas,
la tarde en que no fuimos a la huerta,
la tarde junto al mar y aun aquella
en que escuchamos el doblar del ángelus
caer y rebotar de peña en peña...
Con este tibio sol y en la dulzura
de esta tarde pequeña
las tardes que pudieron haber sido
se agolpan tras mi puerta.

GUITARRA...

Cuando yo no sea yo,
cuando sea mi cuerpo
el necesario pasto de las sombras,
cuando sobre el recuerdo
el olvido tenaz vaya elevando
su despaciosa escala de silencios
¿qué quedará de mí?
Quizás en ti, guitarra, otros dedos
se posen, otra alma joven,
viva, te busque con empeño
como yo te he buscado...
¿Tú sabrás recordarme? ¿Quedará un eco
de lo que tú y yo, a solas, entonamos?
¿Guardarás el recuerdo
de tanta compañía?
Hoy te miro, callada y triste dentro
de tu estuche, brillando suavemente
como una despedida, y siento
que tú ya no eres tú tampoco,
que tu cuerpo es mi cuerpo
y mi canción tu canto...
y tengo miedo
de encerrarte en tu caja,
de llevar a la sombra antes de tiempo
algo de lo que he sido,
algo de mi memoria en tu recuerdo.

LA CRECIDA

Mi piedad era tan honda,
era mi sentir tan tierno
que llegué a ser como un río
desbordado. Me iban creciendo
tumultuosas, las aguas
anegando el pensamiento
dilatando mis orillas
sin límite ya en el tiempo.

Mi emoción era tan fuerte
era mi pesar tan recio
que llegué a ser como un árbol
de raíces en el viento.
¡Qué verdor de frondas altas
su ramaje iba extendiendo
dentro de mí! ¡Qué temblor de alas
sentía batir dentro de mi pecho!

Pero bastó una palabra,
un filo tosco y artero,
para volver a ser yo:
yermo enjuto, cauce seco.

VIERNES DE DOMINGO

Preguntas: "¿Cómo estás?" Si te dijera "triste" no diría verdad, que no es tristeza esta hondura de tiempo, este sentir el tiempo ya vivido, usada y vieja ya la tarde, gastadas y raídas estas horas como una ajada prenda "de andar por casa"... No estoy triste. Hoy tengo, justa y clara, la videncia de esta tarde porque ya la he vivido, no sé dónde ni cuándo, pero entera. La conozco. Sé que hoy no habrá sol y sé que no habrá brisa. Tolvaneras vendrán de abajo arriba, levantarán del suelo papeles de meriendas olvidadas, polvo terroso y ocre con el aroma de naranjas secas y llevarán las horas de este viernes hacia una tarde de domingo inmensa. Sé que habrá de sonar en algún lado una campana reidora y terca... (la campana es un ser contradictorio, importunando sin cesar la pena o lastrando de hondura la alegría). Ya de azafrán el cielo, por las desiertas calles de la ciudad, doblando las esquinas a tanteos, irán las horas ciegas. Hoy me quedaré en casa inventando quehaceres imprevistos... Si vinieras ¡podrías ayudarme en tantas cosas! Volveríamos este viernes a su esencia de día de trabajo. Con nuestras manos haríamos un nudo a la campana terca hasta dejarla muda, colgando de la torre como un ajusticiado de su cuerda y, si quedara tiempo aún, me ayudarías a zurcir esta tarde tan lastimosamente vieja.

LLUVIA

I

Lluvia de la media tarde,
lluvia amansada y doliente
que estás tiñendo de hastío
el paisaje que se pierde.
Lluvia sobre los pinares,
sobre los pradillos verdes,
en los picos de la sierra,
monótona y persistente
golpeando en mi ventana
con su siempre, siempre, siempre...
Y aquel rayito de sol
en la colina ¡tan débil!
con esa ternura frágil
de lo que puede perderse,
cantando su contrapunto
a la lluvia de noviembre.
¡Ay si la lluvia cayera
también donde tu te encuentres!
Todo el paisaje, ancha copa,
su triste llover me ofrece
como un trago de amargura
y su siempre, siempre, siempre
ya sube las escaleras,
ya me busca, ya me tiene...
¡Ay, que se está resbalando
la lluvia tras de mi frente!

II

Que no sé qué se ahoga
en esta hora fría de la tarde
hora de los silencios de los hombres
y las calladas charlas de los árboles.
Que no sé qué naufraga,
que se hunde en este tedio amable
que no sé qué agoniza, qué se muere
ya sin latido, sin sangre.
Entre las rocas cárdenas,
con el sabor amargo de la tarde
calado hasta la entraña,
con todo lo que trae
y lo que lleva el viento
el viento tibio por querer ser aire,
yo aquí estoy,
aquí estoy preguntándome
qué ángeles mutilados amordazan
los perros aulladores de la tarde.

III

Decidme: ¿quién se atreve
él soltar la jauría tras la tarde?
¿Quién la ordenó callar? ¿Quién la retiene?
Oigo su jadear entre los árboles,
las colas de nerviosos perdigueros
tasajeando sin piedad el aire...
¡Dejadlos ir! ¡Soltadlos!
¡Que corran tras la tarde,
que persigan esta pequeña muerte
de un día inacabable, .
que le sigan el rastro monte arriba,
cielo arriba, que desgarran
esas nubes de lluvia, que no cesen
hasta lograr darle alcance
y a colmillazos hondos y precisos
le destrocen su placidez cobarde!

ÁRBOL HERIDO

Con qué pasión tan honda,
viejo árbol herido
sigues en pie,
crucificado vivo,
engarrado al paisaje
como un símbolo
de mística piedad.
Te sostienes erguido
rezumando amargura.
Sigues en pie. Yo miro
tu agonía al pasar
por tu lado y sigo,
¡con qué pasión de vida!
mi camino.
Ya la noche está cerca.
Queda el frío
de dejarte
atrás, disminuido,
arañando la tarde
en tu martirio,
con tu pasión tan honda,
tan solo y tan herido...

OTRO DÍA

El sol se ponía ya en un abandono lento
y sus rayos, perezosos y débiles,
como un mastín lamían soñolientos
la ciudad y la cuesta de la loma.
Quedaba en el aire el eco
de la chiquillería del suburbio
y olor a mandarinas, dulce y denso,
como un manchón de grasa iba trepando
hasta cubrir la tarde por entero.
El candor campesino de una esquila
se hería, descuidado, en el reflejo
del sol en los cristales más lejanos
y en tremolar de trenes y de perros,
en el azul exangüe, ya dispersa,
desflecaba la tarde su hondo tedio.

POEMA NUEVO AL MODO ANTIGUO

¿Y qué? Humor sombrío
todo está igual, caduco impenitente.
Entre el ayer y el hoy flota un hastío
de lección repetida e indiferente.

¿Y qué? Todo fue nada.
Sigue en pie ese vacío sonriente
y un saberse vivir con una arcada
y un sentirse tan muerto interiormente.

Sangrando estoy, sangrando de esta herida,
sangrando voy, sangrando de esta suerte,
muriendo estoy, muriendo de esta huida,
muriendo voy, muriendo hacia la muerte.

Que ya no sé si soy un muerto en vida
o una vida que ha muerto y no lo advierte
ni sé si es mucha sangre en poca herida
o mucha herida para tan poca muerte.

SUICIDIOS...

La muerte ¿es entera, de una pieza
o la forman mil muertes apiñadas?
¿Morimos de repente o lentamente
se nos muere la vida, se nos mata
día tras día, un poco en cada cosa?
Porque también se mueren las palabras,
se les quiebra la luz, se quedan rotas
como húmedas alas angustiadas
colgando, en cruz, del borde de los labios
con un ansia suicida, asomadas
al brocal de la boca sin que podamos
torcer su decisión desesperada.
Morimos día a día en cada cosa
como también se mueren, se apuñalan
las horas silenciosas, se degüellan
estrellando el cristal de las ventanas,
cayendo en el vacío con tan raro
rumor que obliga a las miradas
a clavarse en la calle, por sentir las
rebotar como marchitas manzanas.
Morimos cada día en cada cosa
porque también se mueren, se nos matan
los sueños en el borde de los párpados,
las risas contenidas y las lágrimas
que van hacia su muerte de uña en una
y dejamos correr hasta aplastarlas
en la fría blancura de un pañuelo.
Y pequeños suicidios son las cartas
que echamos al buzón y jamás llegan,
las manos que se quedan encerradas
en lo hondo de un bolsillo, por miedo
de tenderse abiertamente llanas,
las charlas bruscamente interrumpidas,
las ansias torpemente rechazadas...
Morimos de mil muertes diminutas
de mil maneras hondas y calladas
con la insidiosa muerte inadvertida
de las pequeñas cosas cotidianas.

DISFRACES...

Así... con tanta prisa, andando a la carrera
no sé de qué vestirme... ¿De qué me quieres ver?
¿Me quieres ver de esposa
o me visto de amante... o de poeta?
¿Me disfrazo de artista,
de madre de mis hijos, de perversa...
o me pongo aquel traje de encajes
que tú llamas "de ingenua"?...
¿De qué me visto hoy? ¿De qué me visto?
Me pongo de encarnado o de violeta?
¿Me quieres ver de duelo
o me visto de fiesta?
Dime de qué me visto
no vaya a ser que andando a la carrera,
así, con estas prisas, se me olvide vestirme
y salga de tu brazo sin careta.

SOLEDAD

Mi soledad va conmigo
como un cachorrillo inquieto.
Me sigue, se me adelanta,
viene y va por mi sendero,
acude cuando la llamo
y espera cuando la dejo.
A veces, porque la olvido,
finge enojo, inventa juegos
o se acomoda, despacio,
al mismo paso que llevo.
Yo la mimo, la acaricio,
aliso su áspero pelo
y sé que ella me comprende
igual que yo la comprendo.
¡Qué callada compañía
esta soledad que llevo!

JUGLARESCA

Gallarda

Apuesta aposté mi alma,
mala apuesta apostaría,
queriendo ganar el cielo
vengo perdiendo la vida.
Apuesta aposté apostando
por tu fe contra la mía,
que no apostara esa apuesta
de saber que la perdía.
Apuesta aposté, mi amor,
tan mala apuesta sería
que por jugarme la sed
se derramó el agua fría...
¿Adónde me iré a llorar
esta pena sin huida?
¿Se lo contaré a mi madre?
¿Se lo diré a mis amigas?
Me dirán: nunca se apuesta.
Me dirán: nunca se envida.
Me dirán: nunca se juega
con los amores, mi niña.

Pavana

Por las orillas del sueño
herido me le he hallado,
con siete asombros redondos
manándole del costado,
con siete tristes luceros
sobre su carne brillando.
Le he curado las heridas
con rosas y vino blanco,
le he vendado las heridas
con lienzos de amor amargo.
¡Ay, que le miro y le miro,
le miro y le voy mirando!...
Van días y vienen días,
mi amor se me está dañando.
¿Quién me venderá un remedio
para este mal de mi amado?
¡Mi amor se me está muriendo
sin que sepa remediarlo!

Zarabanda

Durmiendo estaba el amor,
los celos lo despertaron...
quiso aprisionar el viento,
levantó un vallado alto.
Quiso guardar una estrella
dentro del puño cerrado.
Ya levanta con presteza
paredes de cal y canto,
ya pone rejas floridas,
ya apresta recios candados,
ya con su querencia honda
clava en las puertas cien clavos...
El amor, como es amor,
de su prisión se ha zafado,
en lo más alto de un pino
se está meciendo y cantando,
el viento mueve las ramas,
la estrella lo está alumbrando.

Chacona

¡Ay, qué rueda de fortuna!
¡Ay, de fortuna qué rueda!
Huirse quiere el amor
sin que el corazón lo sepa.
Como un pez vivo en la mar
bulle vueltas y revueltas,
como un pájaro en los aires
bate sus alas sin tregua...
¡Quién lo dijera, mi amor!
¡Ay, amor, quién lo dijera!...
Los gallos cantan el día,
mi amor llora su tristeza,
por las rendijas del alba
suben risas, bajan penas
y mi corazón, tan solo, dice
espera... espera... espera...

MIS NIÑAS EN LA PLAYA

A Nuri y Sylvia

A la orilla de la mar
¡ay, caracol, caracola!
por donde se van los barcos,
por donde llegan las olas,
a la orilla de la mar
caracolita sonora,
caracolita dorada
cuajada en ternura rosa,
quiero cantarte un cantar,
un cantar para ti sola,
un cantar dulce y amargo
como el llanto, caracola,
como el llanto de la mar
por donde vienen las olas
con cien caballos de espuma
peinando sus largas colas
a la orilla de la mar
¡ay, caracol, caracola!

La gaviota en el aire
vuela que vuela,
la barca sobre el agua
vela que vela.
En la playa hay un pino
sueña que sueña
y mi niña a su sombra
juega que juega.

Un castillo de arena
junto a la orilla
con su foso, su torre
y su banderita.
Llega una inquieta ola
que va de huida
y se lleva el castillo
y la banderita...

Roca de las enaguas
blancas de espuma
¡tápate que te veo
toda desnuda!

Los corderitos blancos
van por el cielo
seguidos muy de cerca
por un gran perro.
Los corderitos blancos
los lleva el viento,
el cielo se ha quedado
azul de estreno.

¡Mira esa mariposa
de mil colores
que prefiere las olas
en vez de flores!

Caracoles y conchas
todos quebrados,
caleidoscopio roto
de los veranos.
¡Ay, qué trabajo,
mis niñas a traerlos
y yo a llevarlos!

¡Vámonos para casa,
porque ya es tarde!
(Las sandalias se esconden,
la arena arde,
las cosas han crecido
con este aire...)

Por la orillita en fila
como un safari,
vámonos para casa
que se ha hecho tarde.

¡Quién se quedara
como las olas, niña,
siempre en la playa!

CANCIÓN DE VIDA

Por un laberinto,
calle del deseo,
buscándome el alma,
hallándome el cuerpo.

Por un laberinto,
corredor del sueño,
vueltas y revueltas
me busco y te encuentro.

Por un laberinto,
callejón del miedo,
cada vez más hondo,
cada vez más lejos.

Por un laberinto,
senda del misterio,
con la muerte al hombro
y el andar ligero.

Por un laberinto...

**OCHO POEMAS DE SOMBRA
Y UN COLOFÓN DE LUZ**

I

Miré mi parte de dolor,
toda mi pena
volcada, en blanco y negro,
en los periódicos, mi parte de dolor
en una esquila.

Leí mi parte de dolor
minimizada en unas letras negras.
Qué fácil fue arrancar aquella hoja,
guardar la pena escrita
en un cajón cualquiera.
Qué difícil guardar la pena viva,
llevarla sonriendo y sin tristeza.

II

¿Cómo será la pena de esta india
que, sentada en la calle sin un gesto,
espera una limosna con un niño
que asoma entre sus faldas?
¿Cómo será su pena?
¿A qué nivel del cuerpo
debe estarle mordiendo sin clemencia?

III

La pena
ya no acude al mandato de la lluvia,
Se cuela
en un rayo de sol, en un perfume,
trenza
de improviso su rebozo de niebla
y me deja
hundida en su grisura sin remedio.
La pena
se ha vuelto independiente, ahora
señorea
si quiere inesperadamente se hace
tan pequeña
que cabría en el hueco de mi mano
si pudiera
recortarle las alas y quebrarle su vocación
señera.

IV

Hoy tengo el día muerto
bien tendido a lo largo,
muerto,
con el mirar vidriado,
muerto,
con el sentir sin pulso,
muerto,
con el deseo mudo,
muerto,
muerto ya sin remedio, muerto.
Que no lo vea nadie
muerto,
con los brazos cruzados,
muerto,
con la boca callada,
muerto,
con su tiempo vacío,
muerto,
muerto ya sin remedio, muerto.
Lo enterraré en un libro,
muerto,
en el reloj parado de la sala,
muerto,
en el cajón del comedor, entre cuchillos,
muerto.
¡Ay mi recién nacido, mi día pequeñito
muerto ya sin remedio, muerto!

V

Este trajín, esta rutina diaria,
este quehacer de siempre
ya no tienen sentido.

El día se abre ahora como una gran arcada,
un vacío infinito, un tiempo huero
que no puedo llenar.

Hay que seguir tirando,
eso me dicen,
y yo sigo tirando
nada más.

VI

Tengo brazos y piernas,
manos para escribir
y una cabeza
que no ha perdido el juicio.
Estoy, al parecer, entera.
Pero tu muerte ha sido
como una amputación,
algo en alguna parte
se ha arrancado de cuajo
y debe estar sangrándome por dentro.
Si no, no entendería
por qué ya no soy yo.

VII

¿Cómo no estalla todo?
¿Cómo no se hunde todo?
¿Cómo transcurre todo
exactamente igual?
El sol sale y se pone
como siempre.
La gente, los vecinos,
los amigos trabajan,
huelgan, viven
como siempre.
Y yo, yo misma, yo
también como y me visto
y voy y vengo y vivo
como siempre.
¡Qué extraño mecanismo!
¡Qué perfecto! ¡Qué exacto!
¡Qué repugnantemente inconvencible!
No es verdad que se muere de dolor.
La vida nos arrastra
a pesar del vacío de una muerte.

VIII

Mi hija dijo ayer
"los relojes ya no alegran la casa".
Me levanté de noche a darles cuerda,
a ponerlos en marcha para que en la mañana
los oyera sonar. Puse a todos en hora
y me senté a esperar sus campanadas
pero fue inútil. Ninguno funcionó,
ninguno obedeció mi mano extraña,
ninguno te olvidó.
¿Será que los relojes tienen alma?

COLOFÓN DE LUZ

He salido a la luz,
estuve mucho tiempo soterrada.
Soy como Lázaro. Traigo
en mi vieja piel el calofrío
del minero y del topo
cuando salen al sol
y al caminar me cae
la sombra hecha jirones.
Me miro renacer. Vivo. Verdeo,
y aunque nadie los ve
me están saliendo brotes en los dedos
y unas ramitas verdes en los hombros.
Sé que me llenaré de gorriones.
He salido de mí.
Cuando hoy te diga
¡Hola! ¿Cómo te va?
Sabré qué me respondes.



NURIA PARÉS

(1925-)

Ensayista, crítica literaria y de arte, traductora y poeta.

Hablar de uno mismo, de la propia obra, de la propia vida es algo impúdico, algo que alguien debería censurar. Tiene mucho de exhibicionismo reprochable. Escribir, escribir versos o lo que sea, es otra cosa, es algo como tirar la piedra y esconder la mano. El escritor, el poeta, lanza sus

palabras pero él mismo se esconde. Las páginas, tan frágiles, de un libro son una muralla tras la que uno se siente amparado en cierto modo.

Yo creo que todo poeta es, en el fondo, un tímido; un tímido más o menos superado. Quizás por eso los poetas solemos decir mal nuestros propios versos.

Pero he venido a hablar de mí y esto no tiene escapatoria. Empezaré diciendo que soy un nudo que ya no intento desatar. Nací en Barcelona y me crié en Madrid. Tuve un abuelo catalán, notario, y un abuelo andaluz, militar. Una abuela canaria y una abuela madrileña. ¿Cuál de esos cuatro abuelos pesa más en mí? Harta de que los catalanes me consideren castellana y los castellanos me consideren catalana, quiero levantar la bandera de las islas y decir que, por lo menos en lo que respecta a la poesía, predominan los Pintos de Tenerife.

Por lo general, esas cuatro sangres se llevan bien en mí aunque no corren juntas. Pero a veces se me revuelven los abuelos y tiran cada cual por su lado.

En mi infancia tuve una influencia decisiva y nada genética, la de otro abuelo que no llevo en la sangre sino en el corazón: Gregorio, el viejo ordenanza andaluz de mi abuelo el general que, a la muerte de éste, pasó a mi casa sin que mi madre supiera, a ciencia cierta, qué hacer con él. Y lo dedicó a pasearnos, a mi hermana y a mí, por El Retiro, en compañía de nanas y amas de cría. Para un soldado esto debió ser intolerable y no tardó en cambiarlo. Nos llevaba a pasear pero por lugares que manteníamos en secreto para que a mi madre no le diera un soponcio. A veces íbamos hasta el cuartel de Barrás y seguíamos a los soldados para hacer la instrucción, tras ellos, en un descampado. Otras, nos llevaba, siempre a pie, al Cementerio del Este. Subíamos la cuesta, al final de la cual se erguía un enorme ángel de bronce, de alas desplegadas, que tocaba una trompeta. Y una vez dentro, Gregorio nos plantaba ante una tumba y se ponía a inventar alguna historia truculenta sobre el que la ocupaba. Recuerdo que a los lados de la cuesta había pequeñas tabernas en donde nos hacía probar un poco de vino tinto.

Este criado viejo me enseñó a tocar la guitarra, flamenca por supuesto. Sabía todos los romances antiguos y los decía cantados, no sé si con la música original o con alguna de su invención. A él debo tres cosas que serían esenciales en mi vida: el gusto por la poesía, el amor por la guitarra y la afición por el vino tinto.

Gregorio salió de mi vida un día en que volví a casa con un piojo en la cabeza. Mi madre puso el grito en el cielo y a él, en una portería.

Entré muy chica en el Instituto Escuela de Madrid. Eran los años de devoción por Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Enrique de Mesa. Aún recuerdo muchos de los' poemas que aprendí entonces. Cuando subo hacia mi casa en alguna de las pocas tardes claras que hay ahora, ya con el sol bajo, veo el Ajusco y me digo aquellos versos de Enrique de Mesa:

Cae la tarde dorada tras de los verdes pinos,
hay tras las altas cumbres un resplandor rojizo
y el perfil de los montes se recorta en un nimbo
de luz verdosa, azul, aurirrosada.
En el añil el humo está dormido.

Por entonces yo ya escribía versos, debía tener ocho o nueve años. Un día de reunión de la familia me atreví a leer algo que juzgué digno de la ocasión. No sé cómo iba pero sí recuerdo que hablaba de los faroles que los faroleros encendían en las calles de Madrid. Y hablaba de las estrellas que encendía en el cielo de Madrid el "Gran Farolero". Eso de llamar a Dios el Gran Farolero provocó una carcajada general que me desconcertó mucho. Después de esa experiencia no entiendo cómo no se me quitaron las ganas de escribir poesía.

Cuando empezó la Guerra Civil estábamos pasando unos días en un pueblito llamado Pedro Bernardo, en la sierra de Gredos. Allí vi mi primer muerto, un hombre atravesado sobre el lomo de un burro que bajaba al trote, asustado, desde un pueblo más alto, y que cruzó Pedro Bernardo ante el asombro general sin que a nadie se le ocurriera detenerlo. La cara de ese muerto no se me ha olvidado.

Viví los bombardeos de Madrid, de Sariñena y de Barcelona. Y la sordidez de alegrarse cuando una bomba no caía en tu casa sino en la ajena.

Pasé a Francia con mi madre y mi hermana, y empecé a ganar me la vida con la guitarra. Aunque, después de las enseñanzas de Gregorio, tomé clases de guitarra clásica durante años, mis primeros conciertos dejaban mucho que desear. Con el tiempo llegué a tocar bien aunque nunca pude superar el miedo al público. Pero me aplaudían quizás porque aún era niña. Mis conciertos incluían música para vihuela de los siglos XV y XVI, música clásica, música española moderna y siempre terminaba con una pieza de flamenco: tarantas, media granadina o un toque minero. En aquellos tiempos mezclar a Bach con música flamenca era una herejía pero gustaba y con la guitarra recorrí Europa antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial y durante el primer año de ésta. Estaba en Grecia cuando los paracaidistas alemanes invadieron Creta. Tomé el último barco que salió de El Pireo a Nueva York. Pasé un año en Cuba en donde nos reunimos con mi padre, y de allí vine a México.

La ciudad de México tenía entonces un rostro humano: sin periféricos, sin viaductos, sin ejes viales, sin smog. Con fresnos gigantescos y charros que montaban a caballo por el Paseo de la Reforma. Aquí hablaban un español más dulce, y nos veían, con nuestros gestos y nuestros ademanes, y nos oían, con nuestro hablar a voces, pero no parecían asombrarse. Al mexicano no le asombra nada ni nadie. Está curado de espantos.

Mi padre, que, en cierto modo, "me descubrió" en México, mostró unos poemas míos a quienes pensó que podían darle una opinión: Enrique Díez-Canedo y Juan Rejano. Ellos organizaron una lectura, en casa de Paulino Masip, a la cual asistieron León Felipe y Max Aub. Fueron mis cinco "hados padrinos". Decidieron que había que publicar el libro y que Díez-Canedo se encargaría de escribir el prólogo. Pero como dice el refrán, "del dicho al hecho hay un gran trecho". Y en ese trecho yo me casé y Díez-Canedo falleció. León Felipe tomó el relevo y escribió el prólogo, un poema que tituló "Poética", que es una hermosa profesión de fe.

La voz viva de un poeta suele estar por debajo de sus versos. La voz viva del hombre suele estar por debajo de su sentir más íntimo. La vida, la de cada cual, es una experiencia única. Cada cual tiene sus goces, sus pesares, sus emociones. Yo siento, tú sientes, él siente... pero nosotros no sentimos igual y, sin embargo, todos tenemos los mismos gestos, el mismo caudal de palabras, las mismas expresiones para decir lo que creemos único en un momento dado.

A veces, en el amor, en la pena, ¿quién no ha sentido la necesidad de inventar palabras, de tener un idioma propio?

Decir: "te quiero" cuando se quiere es siempre, íntimamente, un pequeño fracaso. Es casi una vergüenza. Uno se siente pobre, pobre de solemnidad. Y quizá la poesía no es más que eso, un modo diferente de decir las cosas.

Yo he venido aquí a hablar de mí con mi propia voz, con mi voz viva. Pero la propia voz es lo más ajeno que tenemos, lo que sentimos menos nuestro, con lo que menos solemos identificarnos. La voz propia es un motivo de azoro, de desasosiego, de angustia. Díganlo, si no, quienes se hayan escuchado en un disco, en una cinta grabada, en una retransmisión, quienes hayan oído comentar a los demás: "¡se te reconoce sin verte!" cuando uno siente tan hondo que esa voz no es la propia.

De eso precisamente, de esa otredad de nuestra voz pública, de esa soledad en que se queda tantas veces esa íntima voz que no se expresa, de eso quise tratar en mi primer libro:

Y no supo decirlo.
Acomodó su gesto a la palabra,
dió con el tono justo y hasta pudo
encontrar la inflexión que hacía falta.
Y no supo decirlo.
Falló el sentir y la emoción no estaba.
Quedó la angustia rota del sonido
sin el misterio azul de la palabra.

Una lectura de versos obliga a una revisión y una revisión de los propios versos es siempre una revisión de la propia vida.

Yo pocas veces releo mis versos. Jamás he logrado aprenderme uno de memoria. Los escribo, los guardo, a veces se publican, las más se quedan guardados en un cajón. Ahora algunos me salen al paso con el cascabeleo alegre de la juventud, como ese que dice:

Nadie corte el ramaje de mi senda,
míos son su zarzal y su romero
y este soñar vagando en el camino
y en cada primavera floreciendo
y este saber las hojas siempre verdes
y la raíz al viento.

Hoy quisiera que alguien, incluso todo un ejército de peones camineros, fuera cortando el ramaje de mi senda, que me quitaran el zarzal de en medio aunque se llevaran, de paso, algo del romero.

Sí, al releer los propios versos, uno se vuelve a ver tal como era, como en una de esas fotografías amarillentas, con las esquinas inevitablemente dobladas, que se guardan en una gran caja y que sólo se miran el día en que uno hace una de esas pequeñas liquidaciones que suponen siempre las limpiezas a fondo o las mudanzas. Yo ahora me descubro, con bastante asombro, dueña en un tiempo del tesoro de la pereza y la inconstancia, tesoro que no sé cómo me he dejado perder y al que aludía en un poema viejo que llamé "Al filo":

Decís: "¡Hombro con hombro
hacia las cimas altas!
¡Despierta! ¡eh!... ¡Despierta
compañera de la emoción callada!"
Yo alcanzo las estrellas si se miran
en los charcos del agua.
¡Oh, no!... no os serviría
para escalar montañas.
¡Dejádme aquí, en el filo,
en el umbral del sueño, camaradas!
Tengo una gran pereza,
una blanda pereza milenaria,
el cansancio del mundo,
la fatiga del mundo en las espaldas.
Soy como San Cristóbal con el niño
y la bola terráquea,
con un río a mis pies, un ancho río,
el enorme caudal de mi inconstancia,
y un cuento que contar,
un cuento que divierta la jornada
a este pequeño niño de la bola
que desde siempre llevo en las espaldas.
¡Oh, no! No os serviría
para alcanzar las águilas.
¡Dejádme aquí, en el borde,
en la orilla del sueño, camaradas!

Tenía entonces un ansia de guardar recuerdos intactos, una pasión por la fidelidad de la imagen. En esa época pensaba que la vida podía fincarse en guardar sin cambio el recuerdo de los momentos intensos, con exclusión de todo lo demás, y decía:

Que quede grabado en mí,
que todo el momento exacto
con su plenitud perfecta
quede en mi interior vibrando.
Que nada se pierda de él,
que no tenga que encontrarlo,
pobre limosna, en el sueño,
con su perfil deformado,
Que todo el ser, blanda cera,
guarde su latido exacto,
pájaro vivo en la malla
de la voluntad apresado.
Que toda el alma esté alerta
y mi cuerpo esté afilando
sus mil memorias pequeñas
dispuestas a recordarlo.

Luego, a golpe de realidades, desistí muchas veces de exigir la fidelidad de la imagen, la que siempre escapa a nuestra voluntad, para creer en la fidelidad del espejo, partiendo, claro está, del punto de vista de que todos tenemos una capa de azogue, de que cada cual es un espejo que acoge y refleja las imágenes que pasan ante él a su manera, distorsionándolas a veces, favoreciéndolas otras, pero que en el amor, en la amistad, en tantas cosas, ese reflejo de la realidad, esa interpretación de la realidad o, si queréis, esa realidad irreal es lo único que podemos llamar nuestro. Voy a leeros parte de un poema que quizás es el más representativo de ese estado de espíritu y que llamé "Elegía con cuatro redobles al amigo que no ha muerto":

Yo guardaría tu recuerdo exacto
con la tenaz memoria de los sueños,
quitando, modelando, trabajándolo
hasta hacerlo perfecto,
mezclando lo vivido y lo soñado,
confundiendo lo falso y verdadero
hasta lograr con el perfil del aire
la angustia de las tardes que no fueron.
Yo guardaría tu recuerdo exacto,
la imagen apresada en el espejo
con una nueva transparencia pura
tamizada en ausencia por el tiempo.
Sobre la pobre vida de los días,
sobre las voces rotas y sin eco
¡cómo se iría tu recuerdo vivo
tiñéndose de luz y de silencio!

¡Qué libertad lograrías
por mi mano, estando preso
en el cristal azogado
de la memoria en el tiempo!

Como cometa en el aire,
loca de sol y de viento,

¡qué altura te iría dando
el hilo del pensamiento!

¡Qué libertad lograrías
fiel a ti mismo, ya idéntico
a ti, por no estar en ti,
fijo y vivo en mi recuerdo!

Fue un trueque, una substitución, un modo como otro cualquiera de mantenerse a flote aquí abajo. Casi me dejó tranquila. Pero ¿y luego? Lo que encierra esa palabra, "luego", no he podido resolverlo. Ahí no hay imagen ni espejo, sólo una terrible superficie anublada. El vivir que es morir no lo he resuelto, como tantos afortunados, en un morir que sea vivir. Me han dicho que la fe es un estado de gracia que se manifiesta en un momento inesperado. Quiero creer en esa posibilidad. Pero, por ahora, pienso que no morimos totalmente mientras perduramos en el recuerdo de alguien:

Y tener que morir... ¡morir y solos!
Caer con la grotesca pirueta del payaso
en el mutis final
por un oscuro corredor sin puertas.
Saberse, conocerse, disgregarse
en un absurdo devenir ausencia
llevando con nosotros, sin decirlo,
el último pensar, como una rémora.
Y una vez desvelados los misterios
y sabedor de todas las respuestas
ser, solamente, imagen desvaída
en el frágil cristal de otra conciencia.

El exilio tuvo un gran peso en mi obra. Yo pasé años formativos cruciales encerrada en mí misma y horas, muchas horas de soledad en algún cuarto de hotel de algún país extraño, de lengua que no comprendía, repitiendo en la guitarra el concierto que daría en la noche. Años de soledad en los que el recuerdo de lo que había quedado atrás fue cobrando el perfil del Paraíso Perdido. Cuando llegué a México busqué, como tantos de nosotros, lo que había de español aquí, un asidero, y tardé en reconocer que lo que había de español aquí no era español, era mexicano y que así, como mexicano, había que quererlo. Leer a Azorín en México fue una inmensa desgarradura que me llevó a escribir un poema al que llamé "Palabras":

A veces, cuando leo
esas viejas palabras de la tierra
que jamás pronunciamos, siento
crecer hacia lo hondo mis raíces
ya acostumbradas a horadar el viento.
Suenan en mis oídos, me acompañan,
dialogan entre ellas como el lento
y despacioso doblar de las campanas
de la iglesia mayor y el tintineo
humilde de una esquila.

Yo iría por la calle como el tonto del pueblo
hilvanando palabras sin sentido:
"bancales y serones... pan cenceño,
enebro, flor de jara, cardelina..."
Palabras de la tierra, campaneó
del alma, regusto amargo y dulce,
hondo sentir que le pregunta al tiempo
si este doblar de las palabras viejas
no es ya un doblar a muerto.

Pero la vida, el amor, los hijos, los amigos, el trabajo arrinconan la añoranza. O, por mejor decir, cambian las añoranzas. Yo he cambiado la añoranza de la patria que perdí por la añoranza de seres que he perdido sin remedio.

Tal como yo la entiendo, la poesía es un ejercicio de humildad, porque no es algo que yo me propongo escribir, es algo que alguien (el Viento, diría León Felipe) me dicta, siempre por la noche, siempre a oscuras, porque si enciendo la luz, desaparece. Es una voz que viene rodando desde hace siglos, que a veces me hace escribir como hombre, que siento ajena pero familiar, y que llega y se va inesperadamente. Yo soy una caja de resonancia a través de la cual se hace oír esa voz. Y cuando habla yo escribo, a oscuras, lo que me dice. En la mañana lo descifro —no suele costarme mucho trabajo— lo pongo en limpio y, si no tengo que cambiar muchas cosas, suele valer la pena. Cuando yo intervengo conscientemente, acabo rompiéndolo porque lo que escribo resulta forzado, falto de aire. He conocido poetas con la misma experiencia. León Felipe fue uno de ellos. Pedro Garfias también. Juan Rejano, en cambio, creía en la disciplina, en trabajar una idea, en hacer y rehacer un poema hasta dejarlo perfecto. Pero no he conocido otros poetas que, como yo, suelen empezar un poema por el final. Yo voy de abajo arriba la mayor parte de las veces. He tenido influencias inevitables: los romances viejos, Antonio Machado, Juan Ramón y León Felipe. Y poetas que han pesado en mí a través de traducciones o versiones que he hecho de su obra: pienso en Rilke, en Wilbur, en Van Doren y, sobre todo, en Kayyám. Hacer una versión de Kayyám fue un gozo inigualable: el gozo de meterse en la piel de un poeta persa que vivió en el siglo XI y que sentí tan afín, tan hermano en el tiempo. Pero creo que esas influencias quedaron atrás. Busco ahora una poesía muy sencilla, muy directa, una poesía en tono menor. Ya no me conmueven las grandes sinfonías, los grandes conjuntos orquestales, ni siquiera un solo instrumento bien tocado. Ya no me conmueven las Cosas Importantes. Ni las Grandes Palabras. Busco algo más sencillo, más claro, más cristalino, más pequeño. Quizás un verso que cante al oído como querían los árabes que cantara el agua de una fuente: un canto que acompañe y que no impida pensar.